

Jesús y el joven rico: ¡deja tus ídolos!

P. Miguel Núñez

11 de Octubre PM, 2009

[Iglesia Bautista de la Gracia](#)

Santiago, República Dominicana

Marcos 10:17-22

En una ocasión, un indio fue llevado a Manhattan por su amigo, un neoyorquino. Pasado un momento, le dijo: “Deténte, escucho un grillo”. Su amigo se rió, lleno de escepticismo, sin embargo, tras caminar un poco, el indio se detuvo y se inclinó, para levantarse con el grillo. Interpelado por su asombrado acompañante acerca de cómo escuchó el grillo, él tomó un puñado de monedas y las arrojó, y muchos transeúntes se voltearon, buscando el origen del sonido. “Todo depende de qué quieras escuchar” –fue su respuesta.

¿Quién era el hombre rico?

La historia del encuentro de Jesús y el joven rico es contado por tres de los cuatro evangelios (Mat. 19:16-22; Mar. 10:17-22; Luc. 18:18-23) y en cada uno de ellos encontramos detalles complementarios. Al analizarlos en conjunto, aprendemos que quien vino buscando a Jesús era una persona con cierta posición económica y de cierta importancia, y que esta persona vino corriendo. Por ello, probablemente, era una persona con buenos modales y buena moralidad, una persona que tenía un pasado bueno en el que podía apoyarse.

No obstante, éste era un hombre superficial:

Él tenía una idea superficial acerca de quién era Cristo: “Maestro bueno”

Cuando este hombre dijo eso, Jesús le interrumpió, explicándole que sólo Dios es bueno (esto no lo hizo tratando de implicar que Él no era bueno o que no era Dios, sino que este joven tenía un entendimiento distorsionado de quién Él era; en otras palabras, Jesús le dijo “O me reconoces como Dios y, por tanto, me llamas bueno; o no me llamas bueno en lo absoluto”).

Muchos, como él, tenemos un entendimiento distorsionado de la bondad y creemos que somos buenos. Sin embargo, no hay una sola persona que pueda decirle a Dios “Soy bueno; yo te he estado buscando” (Rom. 3:23). ¡La única manera en que podemos encontrar a Dios es si Él nos intercepta! –y, muchas veces, incluso así, nos resistimos–. Amigos, quien cree que es bueno y no necesita gracia está más lejos de los cielos que el más empedernido pecador.

Él tenía un entendimiento superficial del estándar de Dios: “¿qué puedo hacer para ganarme el reino de los cielos?”

En primer lugar, él cree que puede ganarse el reino de los cielos y, en segundo lugar, él cree que ha guardado toda la ley impecablemente (y lo cree con agravantes, pues cree que lo hace desde antes de que tuviera uso de razón, ignorando que todo hombre es mentiroso (Sal. 116:11).

Nosotros pensamos de la misma manera acerca de nosotros mismos: por ejemplo, a pesar de que no pagamos los impuestos, no nos vemos como mentirosos ni como ladrones. De hecho, pensamos que si cumplimos a medias la ley de Dios, estamos bien y que lo demás debe pagarse sólo si no hemos conseguido paz interior.

Él tenía un conocimiento superficial de la voluntad humana respecto al pecado

Como nosotros, pensaba que tenía libre albedrío en sus decisiones tocante a la voluntad de Dios: olvidaba que la mente natural no quiere ni puede someterse a la ley de Dios (Rom. 8:7). ¡Eso está claro en la palabra! (Jn. 8:34,36).

Como él, si no podemos o queremos reconocer que somos esclavos del pecado y si no queremos reconocer que sólo Cristo puede libertarnos, nos iremos igual que como entramos, esclavos del pecado.

✚ **Él tenía una idea superficial de la salvación: “¿qué me falta para acabar de pagar la salvación?”**

Aparentemente, su vida había sido moral y, con alguna certeza, podía decir que había vivido como la ley manda. Su error, sin embargo, fue confiar en estas obras para obtener la entrada al cielo y, como consecuencia, su corazón no tenía paz: a pesar de toda su riqueza e importancia, acude corriendo a Jesús, con cierta agitación, para arrojarse de rodillas (cosa que un judío nunca haría –y sabemos que era judío por sus palabras) y preguntar qué puede hacer para ser salvo. ¡Él estaba quebrantado! Su moralidad no había podido llenar el vacío con el que vivía, pues “el hombre fue creado por Dios con un vacío que sólo puede ser llenado con Dios, el cual él intenta llenar con otras cosas [títulos, hijos, posesiones...]” (Blaise Pascal).

Muchos, como él, creen que la llave que abrirá la puerta del reino de los cielos son sus obras: “yo oro con frecuencia”, “yo leo la Biblia con frecuencia”, “yo voy a la iglesia todos los domingos”, “yo no soy como otra gente”... En esto, olvidamos que el peor pecador, si es perdonado por la gracia de Dios, entrará al cielo mucho antes que el mejor de los hombres, si éste se basa en la bondad que haya hecho. Por esto, te pregunto, ¿en qué está puesta tu confianza? Sin importar la religión en la que hayamos crecido, ¡necesitamos un salvador!

¿Cuál fue la respuesta de Jesús?

Sensiblemente, el Salvador le lleva adonde quiere y, tras interpellarle sobre la ley, en lugar de poner en duda su convicción de haber cumplido toda la ley, le dice: “OK, vete, vende y regala todo lo que tienes”. Jesús quería mostrarle que el verdadero problema era que él amaba otras cosas más de lo que amaba a Dios y que usaba la ley para esconderlo: su problema era que sus prioridades estaban mal colocadas: las cosas materiales le eran de mayor importancia que Dios y él tenía demasiado orgullo para admitirlo.

Muchos, en muchas ocasiones, somos así, y nos creamos ídolos en nuestras vidas, que pueden tomar la forma de nuestro trabajo, estilo de vida, religiosidad, riqueza o relaciones. Como este hombre, tememos a un futuro en el que no estemos en control, y, como él, somos demasiado orgullosos como para aceptar que el camino por el que andábamos hasta este momento era errado. Reconozco que no es algo fácil de hacer, pero sé que es mucho más difícil vivir una eternidad en el infierno, lejos de Dios.

La razón por la que Jesús le habló al joven rico de esta manera es que le amó desde antes de confrontarlo. De esta manera, nos mostró la única manera correcta de confrontar a alguien con su pecado: ¡amándole primero! Además, aprendemos algo más de este hecho: Jesús amó a los ricos tanto como amó a los pobres: ¡Dios es amor, independientemente de nuestra procedencia o conducta, y se duele cuando nosotros hemos perdido algo!

Nosotros, ¿cómo responderemos?

Si de algo hemos de cuidarnos es que nuestro resultado no sea el mismo que el de este joven: Él, a diferencia de todos cuantos se acercaron a Jesús, se fue peor de lo que llegó. Me dolería mucho si, habiendo recibido una invitación personal de parte de Dios, consideraste los costos en tu mente y decidiste que prefieres las cosas materiales y efímeras: ¿realmente crees que las riquezas podrán salvarte?

En lugar de ello, preferiría saber que fuiste como Zaqueo. Él, sin que Jesús le dijera algo, decidió dar lo suyo y retribuir a todo el que hubiera engañado: ¡había encontrado algo con mayor valor y dar había dejado de ser un problema! Parte de la razón por la que Zaqueo respondió de manera diferente es que, cuando se aproximó a Cristo, lo hizo consciente de todo lo malo que había hecho –no como el joven rico, quien creía que, por derecho, obtendría el cielo–. ¡Qué fácil es estar cerca de Dios y su oferta, y lejos de recibirle!

¿Es la vergüenza, o el temor, o el orgullo, motivo suficiente para ir al infierno? ¿Son excusa suficiente para nuestra insensibilidad hacia Dios? ¿Has elegido tu muerte? ¡Estas son preguntas serias! Por favor, entrégale a Dios lo que no puedes retener, tu vida, para que salves la vida que no puedes perder.

Amén